

ASUMIENDO RIESGOS

Rebelión de la sociedad civil

No se nace ciudadano por un documento, sino asumiendo los compromisos que eso implica



Por VERÓNICA RAFFO *

Todos los días nos indignamos ante noticias que muestran la peor cara de nosotros mismos. La falta de respeto a la vida, la intolerancia ante quien es diferente, la deserción educativa de los jóvenes, la inadecuación del sistema educativo al trabajo del futuro, la violencia en el deporte, la ineficiencia y el tamaño del Estado, la falta de transparencia, la incapacidad de trabajar juntos para lograr un país sustentable y productivo.

Pero a pesar de que nos indignamos, muy pocos salimos del berrinche posmodernista que levanta la voz a través de las redes sociales y la mayoría nos excusamos de entrar en acción porque sentimos que, en el fondo, papá Estado es quien debería estar cumpliendo su rol de protector y ordenador de nuestras necesidades y angustias. También hay quienes sienten que su posibilidad de incidir sobre la realidad que los rodea y modificarla positivamente es mínima, y entonces para qué molestarse. Eso es tarea de los políticos y si no lo cumplen, nuevamente nos indignamos porque no cumplen.

Esta visión opaca el inmenso poder que tiene la sociedad civil organizada y empequeñece el rol desafiante que cada uno de nosotros como individuos podemos cumplir. Si estamos insatisfechos con la realidad, todos tenemos el potencial de volvernos agentes de cambio. Esto significa tener el valor de asumir riesgos y de abrirse a nuevas ideas, de asumir responsabilidad donde otros crean excusas, de ver posibilidades donde parece haber limitaciones. Esta actitud nos resignifica como seres humanos.

Uno no nace ciudadano porque un documento lo diga. Ni se hace ciudadano en base a un manual, que por

cierto no existe. Uno es ciudadano cuando asume a cabalidad los derechos y compromisos que ser ciudadano implica y entiende el papel activo que está llamado a jugar en la construcción del bienestar público.

Ese camino se inicia mediante gestos mínimos e inmediatos de involucramiento. No hay que imaginarse acciones grandilocuentes —que muchas veces inhiben un comienzo— sino adoptar la decisión de participar en aquellos temas que nos resulten más cercanos y más queridos: la familia, el equipo, aportar ideas en el trabajo, la comisión de fomento de la escuela, el club del barrio, la ONG donde trabaja una amiga, la comisión de

También somos agentes de cambio cuando denunciamos y no dejamos pasar actitudes que reconocemos son inadecuadas o incluso, ilegales. La broma pesada o el maltrato, la misoginia, la xenofobia, la violencia doméstica, la coima, las decisiones injustas basadas en amiguismo y tantos otros desvíos que son culturalmente tolerados y de los que somos cómplices cuando no los denunciamos.

En esta construcción no perdamos de vista el enorme poder de creación e influencia que las organizaciones sociales y las empresas tienen y, en consecuencia, su nivel de responsabilidad en el desarrollo de nuestras comunidades. La visión y compromiso de sus directivos puede determinar avances significativos en la generación de conocimiento global, innovación y bienestar y por el contrario, su falta de empatía puede intensificar los procesos de fractura social.

Sin duda, también desde ese rol, estamos llamados a crear una ciudadanía activa. Y así afortunadamente, como muchos en Uruguay, trascendemos la indignación y aprendemos a rebelarnos en serio.

* ABOGADA y empresaria.
Socia del Estudio Ferrere



ILUSTRACIÓN: PASCOPPE